

LA BANDERA.

La bandera no es un símbolo sin alma. La bandera vive. La ama de amor el buen soldado, y de amor que reúne todos los amores. Cifra en ella el cariño á los ausentes ó ya muertos padres; á la novia que espera ó que tal vez olvida, á la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña. La ama sin celos en los días de paz, porque, siendo muy suya, pertenece á todos, y mientras más la quieren otros, más se ufana. La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebatara, se la lleva destrozada, y no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla y pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, y si le hiere el plomo y media entre vida y muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada sin dolor de que otro la posea.

¡Oh bandera, bandera de mi patria, y cuán gallarda luces tu hermosura á la cabeza de apretados batallones! ¡Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡Cómo te sigue, con rumor de triunfante muchedumbre, la robusta armonía de trompas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos; nuestro ser se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en el *Alma Mater* inmortal! Moléculas, sentimos, y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificado, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá! Creemos, al subir, en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une á la chispa, y es la llama; la llama se prende á la llama, y es la antorcha; la antorcha abraza el haz de antorchas, y es la hoguera. Antes brillaban lejos unos de otros, como astros aventados al cielo en granos de oro, los ideales de ánimos distantes; pero llegan, y corren y se

buscan y se compenetran y se funden, como las claridades de la noche cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz, y armonía.

Surges, bandera de la patria, y ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse á tí con toda el alma; la plenitud del ser encuentra oscura y estrechísima la corpórea prisión, y nos hincha las venas y se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas y enardeces los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, y cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver á nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hay en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece.

¡Ay, y sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡Y para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia y que te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oíste el grito de combate. De nosotros, el verso. Otros fueron contigo á la pelea, al abismo, á la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra mexicana sepulta azañas y proezas.

Los árboles te dieron sus ramas y los hombres sus brazos y sus vidas. Caían estos cual las mieses que agavilla el sembrador. Y tú, para no perderlos, para vivir siempre unida á ellos, te empapaste en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa y el mar va poco á poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aun tiene la remota esperanza de que á ella volvamos. Luego . . . luego desalentada y triste cae, abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de la hija que se casa, de la hija que pierde? Adivina que vamos á olvidarla mucho rato; que el amor encendido por ella en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla . . . A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sonos entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la san-

gre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las víboras del alma. Estamos muy contentos. . . sí. . . es verdad. . . pero contentos por manera extraña. . . como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, y, al volver una esquina, oímos algo que nos pára la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es? . . . Un organillo: toca mal, pero muy mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

Y el sonecito aquel se nos va entrando, como si entrara por su casa, echa de adentro á todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, y pájaros canores en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, y dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra y del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos. . . . Y entonces vuelve el ser á dilatarse, vuelve á latir el corazón con fuerza, vemos pasar ¡oh patria! tu bandera, y el llanto nos desahoga y nos consuela.

* * *

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondule y parece que les llama. Entre cien, mil y más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazáos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estas ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla! ¡Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

LAS BOTITAS DE AÑO NUEVO.

Lámpara que me has acompañado durante largos años en las noches de tedio, y en las noches de trabajo; lámpara anciana de cofia blanca y gafas verdes; enfermera callada y diligente; tú, la que no haces ni el menor ruido; veladora; oye el tic-tac monótono, incessante, de aquel cucú colgado en la pared; pronto va á abrirse la puercecilla de nogal, para dar paso al abierto pico, á los ojos rojizos y á la cresta del gallo que á medio día y á media noche da el alerta á las horas vigilantes. Lámpara, no consientas que te apaguen las vírgenes locas, porque HELE AHI QUE ESTA A LA PUERTA Y LLAMA.

Es el mismo; pero se llama de otro modo. Los años se parecen á los enfermos de los hospitales y á los presidiarios, en que sólo el número que llevan los singulariza. No tienen nombre, y ¡desdichado el que lo tiene! A ese, de seguro, la desgracia se lo dió. Porque habreis oído decir el «año de la peste,» el «año de la guerra,» el «año del hambre,» pero nunca el año de la dicha, el año del amor, el año de la gloria! Sólo el dolor suele llamar á los años: ¡hijos míos!

¡Cuántas noches de San Silvestre ¡oh buena lámpara! hemos pasado en esta muda espera! Ni tú ni yo creemos en los años nuevos: el tiempo no interrumpe su marcha ni un segundo. . . continúa indivisible, como infinita línea recta que no sabemos de dónde arranca ni si termina en algún punto; pero, á pesar de ello, supersticioso sentimiento se apodera de nosotros en la última noche de Diciembre, como si ésta fuese en realidad la última noche de una vida. Ay! Lo sólo cierto es, que en cada una de esas noches nos encontramos más y más cercanos á la última noche sin orillas!

A tí, lámpara, nunca te he visto palidecer sino cuando clarea el día; tu luz, como el cariño de los buenos padres, siempre es la misma: te enturbió mi aliento; te dejó expirante mi descuido, como á los

buenos padres les empañan la vida y les enferma el desamor ó el suspiro de los hijos; pero, jamás diste señales de cansancio, y ni esperaste ni temiste.

¡Mi hermana de la Caridad, Sor Marcelina, la hermana á quien Alfredo de Musset dijo expirante: «Dormir . . . por fin voy á dormir!» Veladora de cofia blanca, viejecita: tú la que no me viste ni una sola vez en los festines, y siempre, siempre en todas las tristezas: tú, la que me acompañas en todo lo obscuro de la vida, en el estudio, en el trabajo, en las enfermedades, en las penas, y te quedas sola y apagada cuando voy al amor, á los placeres, al ruido: tú, la que haces brillar en el papel los enlutados signos de mi pensamiento, y sabes que, á menudo, son lágrimas las gotas que crédula benevolencia llama, á veces, diamantes: tú, á cuya luz ha nacido, lo único mío que acaso vivirá: lámpara buena, ¿qué nos trae el nuevo año?

Por devoción á religiosa y poética leyenda, los niños que tienen padres, y padres cariñosos, dejan esta noche sus zapatitos en la mesa que está junto á la cama, y dentro de esos zapatitos hallan, al siguiente día, la golosina y el juguete prometidos. Voy á escribir ¡oh lámpara! para que tú la leas antes que nadie, la historia de los breves zapatitos. Cendrillon, que se parece mucho á tí, me la contó.

PAPÁ-ENERO—el de la barba florida, como la del emperador Carlomagno—viene al mundo en cuanto San Silvestre se cala su capucha y hace la noche sobre la tierra. Buen cómico—el diablo sabe más por viejo que por diablo—no entra jamás en escena antes de tiempo; aguarda á que el reloj—apuntador dé las doce llamadas, é ínterin suenan éstas, conversa con el anciano San Silvestre, quien, á fuerza de haberse muerto tantas veces, ya muere tan sencilla y mansamente, como quien dice ¡BUENAS NOCHES! y se duerme.

—PAPÁ-ENERO—dice el Santo—¿por qué buscas, mimas y prefieres los zapatitos de los niños?

—Santo padre, no soy yo el que los busca; ellos tienen la boca siempre abierta y piden . . . piden! Tanto los he tratado, tanto conozco sus secretos, que los amo. Cada zapato tiene su secreto. Unos son felices, huelen á taloncitos color de rosa, á medias de seda. Otros, han sufrido mucho.

En mi armario de ébano chapeado guardo muchos. Cada uno está para mí, lleno de recuerdos. Hay uno color de rosa que parece de carne. Está hecho para pisar flores, para que las alfombras lo acaricien, para que las manos de una camarera guapa, lo desabotenen. ¡Y si supieras que, á pesar de su lujo, tiene en el alma un gran

vacío! Era de una mujer rica y muy bella. Por mirarlo habrían dado, los galanes de la época, años felices de sus mocedades. Por obtenerlo, prometió uno dar la vida. Y ese lo consiguió, porque era apuesto, joven y valiente. La hermosa enmorada, al fin rendida, dejó al salir del baile, en la diestra del doncel un guante perfumado. Y en el guante esta esquela:

¿Vendrás? . . . Inquieta en el jardín espero.
Quiero ser tuya con el alma toda. . . . !
¡El lucero del alba es el lucero
Que alumbrará temblando nuestra boda!

Las rosas del jardín saben el secreto y cuchichean. En el bosquecillo de naranjos suspiran los olvidados azahares. . . .

Al apuntar el día, la amada huyó del amado. Tal corría, que dejó en la arena del jardín, por no detenerse, la ruborizada zapatilla color de rosa. . . . ¡la zapatilla que durante dos minutos nada más oprimió el pié breve de la ninfa!

Desde entonces está vacía. . . . esperando siempre. El amante se la llevó como reliquia; pero de él huyó el amor, como antes había huido la gentil enamorada. Yo, que entiendo el idioma en que se expresa el escarpín de raso, sé que dice:

—Soy el que tú besaste con ternura. Soy el que espera en vano que lo llenes tú con un recuerdo. Sé que mi dueña te esperó muchas noches, muchos meses, muchos años, y que ahora está tendida sobre el desnudo mármol de la tumba, como yo sobre el mármol de la chimenea. ¡Ni ella ni yo tendremos año nuevo! Para tí anudaba mi señora sus cabellos rubios, mirándose en el espejo de Venecia. No podía venir á tí, porque su planta descalza, punzada por los cardos del camino, habría manchado de sangre tus alfombras. Te esperó. Le habías prometido darle la vida y le diste unas horas. Con ansia aguardó que tú me ataras á su pié. Y ha muerto, y no se atreve la infeliz á entrar ne el cielo, porque se avergüenza de tener el pié desnudo. . . .

Este otro botincito—prosiguió PAPA-ENERO—este roto, de suela claveteada, es el de un niño que nunca tuvo juguetes porque su padre era muy rico y la madre era muy pobre. Anduvo mucho, lo agujerearon las piedras, lo cubrió el lodo, por todas partes le entraba el agua. El niño que lo llevaba era mendigo, pedía limosna para su mamá, y una vez pidió por amor de Dios á un desconocido que

era su padre, y éste nada le dió porque era Noche Buena, soplaba aire muy frío, y no quiso desabotonarse su gaban. . . . Una última noche de Diciembre, el cielo echó más frío que nunca dentro de ese zapatito. Y esa vez fué la única en que el pobrecito pordiosero tuvo su regalo de año nuevo: aquella noche se murió.

Mira ahora, padre santo, todos los botincitos que me esperan. ¿Cómo no he de quererlos, si son tan pequeñuelos y graciosos? Hay entre ellos muchos que son pobres. Por ejemplo, la punta de aquel parece boca de negrito limpia-botas: por la rajadura que tiene ha de asomarse la carne de los dedos regordetes, como una encía muy colorada. Ese otro está cansado de tanto ir á la escuela, y sus resortes flojos dicen: ¡ya no vamos! El de más allá—¡glotonsísimo!—se ha comido los tacones. Pero todos esperan algo, pues aunque pobres, son dichosos, porque nadie es enteramente pobre ni enteramente desgraciado mientras tiene padres.

Los zapatitos de los niños ricos, esos tan cucos y tan monos, nada me preocupan, no les hago falta. ¡A esos les caen juguetes todo el año! Los que costaron mucho al pobre papá, por más que sean de los más baratos; los que se acaban muy pronto porque solo duran medio año; los que conocen á los remendones, esos son los que miro con cariño, los que llenaría de diamantes esta noche para que los padres compraran muchas canicas á sus hijos.

Sin embargo, también los otros, los de los ricos, me hunden en serias reflexiones. ¿A dónde irán esos pequeños pies que ahora están muy abrigados en las colchas? ¿De qué serán los zapatos que usen mañana?

Atiza el fuego de tu chimenea, mi viejo amigo San Silvestre: me da frío pensar en los niños descalzos!

No sabes cómo quiero á los muchachos! Y cómo río al oír lo que me dicen. ¿Sabes lo que me pidió ese chicuelo que apenas sabe hablar? ¡Me pidió una hermanita! Cada año me hacen más encargos. ¡Y cada año estoy más viejo!

Lámpara: ya asoma la eriza cresta del gallo en el cucú. Alumbrá á mi fantasía para que deje sobre el mármol su zapatito de cristal. Es el de Cenicienta la trabajadora, humilde y pobre. Toma tú tu año nuevo; toma otro poco de mi vida. ¿No me das toda la tuya? Aun brillas; aun oigo alegres risas en mi hogar; aun canta algo en lo íntimo de mi alma. No es hora de dormir. Velemos todavía.

PRIMERA CUARESMA

DEL

DUQUE JOB